Nunca Confíes del Todo

Por

Mercedes Eleine González

Freeditorial

A MODO DE INTRODUCCION

La vida, esa suerte de juego de azar donde unos ganan y otros pierden, o donde siempre se gana y siempre se pierde, nos pone en situaciones claves que nos obligan a sacar fuerzas de donde no imaginamos para enfrentar adversidades insospechadas que en otras circunstancias quizás no podríamos enfrentar.

El amor, la separación, la traición, la mentira, la muerte, el comenzar a vivir sin el amado ser que siempre nos acompañó o que lo hizo un buen tramo de la vida y que de pronto por diversas causas desaparece, son razones que nos obligan a aplicar otros planes para sobrevivir. Hay que adoptar nuevas alternativas y esto es un proceso arduo e inteligente.

Cuando nos casamos creemos que es para toda la vida, pero muchas veces no es así. En medio de la dicha y la felicidad de pronto alguien te mueve el tapete, te quita el sostén del piso y comienzas a caer abruptamente en ese pozo sin fondo del dolor y de la soledad. Un divorcio, una separación, nos hunde en esa especie de pantano cenagoso donde es muy difícil encontrar la parte sólida que podremos pisar para alzarnos por encima de toda la hojarasca que mutila las esperanzas del corazón.

Para todas las personas que alguna vez han sentido ese dolor en su corazón, el dolor de saberse traicionadas, después despreciadas y, por último, olvidadas, va este breve relato.

EN LA CONFIANZA ESTA EL PELIGRO

Voy a contar las cosas como fueron. Puede que en ocasiones resulte algo fantástico, como el sueño recurrente que, durante un mes, ya me estaba avisando de lo que sucedería pero que yo, en mi ignorancia, no entendí sino luego. Toda separación es un complejo proceso de adaptación, de desarraigo, de pérdida y aceptación de dicha pérdida. Y una traición es algo muy feo, muy desagradable y muy doloroso, pero se supera. No hay nada mejor que el tiempo para subsanar esas heridas que en un momento fueron profundas.

Yo estaba casada desde hacía varios años. Siempre creí que mi matrimonio era un formidable equipo de dos, donde todo funcionaba a la perfección. No había indicios de que pudiese haber alguna brecha o rendija por mínima que fuese por donde se pudiese colar alguna intrusa. Mas la vida nos da sorpresas y en ocasiones suelen ser bastante desagradables.

La cosa es que yo estaba confiada, mejor dicho, muy confiada y he aquí el peligro. Si en algún momento ustedes han confiado ciento por ciento en sus parejas, creyendo que tienen un matrimonio perfecto, inquebrantable y más que seguro, les puedo afirmar que dejen de pensar así porque no hay nada seguro en esta vida como no sea el hecho de morir.

Yo era maestra de literatura en una escuela pedagógica de mucho prestigio. Mi vida era perfecta. Estaba realizada. Joven, bonita, casada con un maravilloso esposo, madre de un niño hermoso y con una vida estable que transcurría sin mayores tropiezos. Me sentía amada, muy amada, Y yo amaba, que es algo bien importante en este equipo de dos. Tenía además un bonito apartamento amueblado con el gusto de la gente joven y atrevida y durante el día, cuando estábamos en la casa, escuchábamos música porque la alegría reinaba constantemente en mi hogar. Más que un apartamento bonito era eso, un verdadero hogar, cálido y acogedor. ¿Se puede pedir más en la vida?

Una noche soñé. Digo así porque nunca soñaba, o si soñaba no lo recordaba al día siguiente. Dormía tan plácidamente, de forma reparadora y profunda, que creía no soñar. Mas esa noche soñé y al otro día recordé el sueño nítidamente, detalle por detalle.

Estaba en la sala de mi casa y mi esposo estaba sentado frente a mí en el sofá; a su lado había una muchacha cuyo rostro no lograba ver, no sé por qué raras circunstancias no podía verle el rostro. Entonces él me halaba y me decía con mucha pena que me quería mucho, pero que estaba enamorado de esa muchacha y no sabía qué hacer.

Desperté con una rara inquietud, pero no pasó a mayores. El trabajo en la escuela y mis aulas abarrotadas de alumnos adolescentes llenaron mi día. No había casi tiempo para pensar. Llegué a la casa como siempre; teníamos un bus de la propia escuela que nos llevaba hasta nuestro barrio y nos iba repartiendo por las zonas donde vivían los profesores, y ahí comenzó el bregar de la casa: la cocina, la comida para hacer, los mandados que comprar, el baño del niño, la tarea de la escuela… Cuando llegó mi esposo ya estaba todo preparado para la cena, vimos un rato la televisión y luego nos fuimos a la cama. Una vida tranquila y estable. Yo diría perfecta. Demasiado perfecta.

Volví a soñar lo mismo. Mi esposo sentado frente a mí con la muchacha a la que no le veía el rostro a su lado, él consternado, compungido, diciéndome que me amaba pero que también la amaba a ella. Yo muy asombrada de tal confesión y sin saber qué hacer.

Al principio no le di mucha importancia. Solo cuando pasaron varios días, me percaté de que alguna señal desde algún lugar ignoto me estaba llegando por medio de los sueños. Sin embargo, todo estaba tranquilo y aparentemente bien. Mi esposo, que nunca fue realmente muy cariñoso, se comportaba de la

misma manera que siempre lo había hecho, con la única diferencia de que ahora estaba llegando un poco más tarde que antes y que algunas veces los fines de semana tenía alguna tarea pendiente que hacer en el trabajo, pero nada de esto me pareció extraño.

Los sueños continuaron sin ninguna variante durante más o menos casi un mes y de pronto se interrumpieron. Ya había sido suficiente. Entonces comencé a ver algunos cambios, casi imperceptibles pero que estaban ahí. Una llamada telefónica, una conversación casi en susurros, una salida inesperada, una explicación algo nerviosa.

Despertaba en medio de la noche con esa imagen tenebrosa de inseguridad y se me helaba el corazón; eran señales inequívocas de que algo andaba mal en el matrimonio, pero aun así, a veces queremos seguir ignorando las cosas por no enfrentar la verdad.

Comenzó a alejarse. Yo lo noté. Ese sexto sentido femenino es muy fuerte, casi cortante cuando comienza a funcionar. Y las cosas se transparentan, se da inicio de pronto a lo que nunca había sido perceptible: una sonrisa huidiza, una mirada que no te pertenece, un asombro, un olor diferente, salidas súbitas, tardanzas, una especie de secreto tácito, un renacer, un florecimiento interno.

Tuvimos una celebración de una fecha cultural y nos fuimos a la institución que nos invitó. Había mucha gente allí, bullicio, alegría, saludos, apretones de manos, besos, bebida y comida en abundancia. Y de pronto, la vi. En medio del gentío, radiante, moviendo su cabeza de pelo corto a lo garzón, con una risa estruendosa que llamaba la atención, menuda, flaca, eléctrica. No medía ni tres cuartas del piso, como decimos en buen cubano; pequeña, delgada y cabezona parecía una hormiga de cabeza grande, y además tenía un corte de pelo que en nada la favorecía porque contribuía a hacerla aún más cabezona. No poseía clase, esa especie de distinción y arrogancia que toda persona de fuerte personalidad ostenta en algún momento de su vida. Realmente no era una gran belleza, pero tenía algo muy cotizado por los hombres cuando llegan a cierta edad, algo valioso, intangible y digno de admiración, algo que los enloquece y los hace perderse entre las faldas sublimes de una hembra picara: tenía la frescura de la carne tierna, juventud, que es el mejor pasaporte para cualquier transacción de sustancial ganancia. Y contra eso no se puede luchar.

Lo que me llamó poderosamente la atención era que mi esposo había desaparecido sin dejar rastro entre aquel torbellino de gente que comía desaforadamente de cada bandeja que pasaba por su lado. Estoy hablando de Cuba en pleno 1983, donde desde hacía rato se sentía la dureza de la escasez que ya había asomado su feo rostro de miseria y se respiraba el aire de pobreza donde nada abundaba y todo era necesario, algo que veníamos arrastrando

desde 1959. Mi esposo siempre acostumbraba a llevarme a todas las actividades que el Ministerio de Cultura celebraba y permanecía a mi lado durante todo el evento, presentándome a las amistades que yo aún no conocía, así que empecé a extrañar su presencia.

Mirando por entre el gentío intenté descubrir dónde se había metido hasta que logré dar con su figura al lado de una chiquilla flaca y cabezona. Ésa fue la primera vez que la vi y, si voy a ser sincera, en ese breve instante intuí el peligro con ese agudo olfato femenino que nos advierte de que algo raro está sucediendo.

Entonces me acerqué con cierta cautela hasta llegar al lado de mi esposo quien, de pronto, se puso pálido y nervioso. La chiquilla en cuestión desapareció como por arte de magia apenas me vio, sin haber tenido tiempo de presentármela.

—¿Quién es ella que no me la presentaste? –indagué curiosa, como cualquier mujer habría hecho en un caso semejante.

Titubeó. Al menos eso me pareció.

—No…es…es… una compañera de trabajo— Balbuceó de manera torpe.

—Es nueva en el departamento, ¿no? Porque nunca la había visto.

—Sí, es nueva en el departamento.

Y la celebración siguió su curso. Mas… la duda ya estaba sembrada en mi mente.

**

Un día noté que mi esposo había perdido mucho peso y eso me preocupó. Estaba muy pálido, ojeroso y delgado, parecía enfermo; indudablemente algo le estaba sucediendo. Entonces lo interrogué.

—¿Estás enfermo? ¿Te sientes mal? ¿Tienes problemas en el trabajo?

—No, no me pasa nada, todo está bien — me contestó.

—¿Todo está bien y pareces un cadáver? ¡A ti te pasa algo! O tuviste problemas en el trabajo y no me lo quieres decir o estás enfermo y tienes que ir al médico.

Pero lo negaba una y otra vez. Hasta una noche. Las mejores (y las peores) cosas pasan en una noche. Yo había llegado de mi trabajo y lo encontré tirado en la cama como un saco de papas. Era un fardo, alguien sin deseos de nada que respiraba porque no le quedaba otro remedio. Había entrado en la depresión, pero yo no sabía los síntomas de esa rara dolencia del corazón.

Me acerqué a la cama donde estaba acostado y me senté a los pies. Le

pregunté qué tenía y me dijo que nada. Entonces hice acopio de todas las fuerzas que pude y enfrenté el peor reto de mi vida, sacarle la verdad costara lo que costara. Y la verdad iba a ser bien dura. Iba a doler, a romperme el corazón y a partirme el alma en dos.

—Mira— comencé a decir con suavidad tratando de ser tierna y comprensiva. —Además de ser tu esposa soy tu amiga y quiero que me veas como eso precisamente. Yo sé que te pasa algo y tiene que ser bien grave porque has perdido mucho peso y estás muy desmejorado. Tú me dices que no estás enfermo y que no has tenido problemas en el trabajo. Entonces, solo hay otra cosa que te puede pasar y ésa no me la quieres decir. Yo prefiero que me la digas de frente. Prefiero la verdad.

Se quedó en silencio un buen rato. Yo podía escuchar el fuerte latido de mi corazón porque intuía que de su respuesta dependería mi futuro, los días que vendrían, los momentos que tendría que soportar y la difícil realidad de una verdad que se abría paso con mucho trabajo a través de las rendijas del tiempo, de los años, de los recuerdos, de la familia creada que se resquebrajaba como una cartulina quebradiza. Un frio siniestro se abrió paso a lo largo de mi columna vertebral.

Entonces comenzó a incorporarse lentamente y con trabajo en la cama hasta casi quedar sentado frente a mí. No me miró a los ojos. Yo sé que no se atrevía a mirarme porque cuando la traición es de esa índole la gente no se atreve a mirar de frente a quien va a herir con la daga filosa de la verdad.

—El caso es que yo… yo no estoy enfermo... no he tenido problemas en el trabajo… yo… me siento mal porque… porque… te quiero mucho a ti… te amo, créeme… te amo mucho pero… yo me he enamorado de otra mujer.

El tiempo, las nubes, el sol, el día, el llanto de un niño, la risa de alguien alguna vez, las lágrimas de mi adolescencia, los libros viejos leídos, las canciones que se escuchan y siempre se recuerdan, los amigos, los padres casi ancianos, la escuela, los primeros besos, la vida, la muerte, todo junto pasó velozmente por mi mente como en una vorágine, un filme que se pasó a destiempo sin sonido, imágenes recorriendo la memoria, un grito que surgió de allá dentro y se ahogó en el pecho que se abría en dos porque con esa fina daga de la realidad me habían partido el alma y ya nunca me iba a recobrar. Morí.

Morí para siempre esa tarde de la confesión ¿o esa noche? Algo murió para toda la vida, las hojas de los árboles cayendo en la bruma del tiempo, en el pensamiento que trata de ser coherente y que se deshilvana en pequeñas fibras, madejas de un laberinto que se fragmenta en mil pedazos como un rompecabezas infantil que ya no sabría componer nunca más.

Nunca más, nunca más, nunca más.

Yo seguía allí sentada a los pies de la cama mirando este pobre muñeco roto que parecía un esperpento humano enamorado de una chiquilla joven y loca. Este pobre esperpento que había sido mi ídolo, mi amor adolescente, mi amigo incondicional, mi confidente, mi fuente de conocimiento, mi crítico certero de la moda, mi tutor, mi maestro del buen gusto, mi todo. ¿Era el mismo?

No, ya no era el mismo. En esos breves instantes a miles de años luz de toda dicha, huidizo espejismo de la vida, ya era otro, el de ahora, el que empezó en ese mismo instante a ser, el distante, el extraño y ajeno ser que desde entonces es para mí.

¿Qué se siente? ¿Qué se siente cuándo la mano del asesino toma la daga que hunde trémula en tu vientre, más allá de las costillas, justo pegadito al corazón? ¿Qué corazón? ¿Es esto que galopa loco aquí en el pecho un corazón o es un guiñapo humano que pugna por seguir latiendo ya sin fuerzas?

Hice acopio de todo lo conocido y lo que está por conocerse, la otra realidad del otro plano que debe radicar en algún ignoto rincón de la memoria y me levanté con la seguridad de que, por encima de todo y pese a todo, hay que quedar elegante en toda trifulca de la vida. Con toda la parsimonia posible que puede tener una mujer herida en lo más profundo de su orgullo femenino, me incorporé, me acerqué a él, lo miré con mis ojos vacíos de toda emoción y le dije muy segura de mis palabras:

—Tranquilo. Yo te voy a ayudar.

**

Ayudar… ¿Cómo se ayuda al verdugo, al asesino que te mata lentamente día a día? ¿De qué forma ayudas al que cambió tanto que ahora es como el monstruo que castiga mirando con total indiferencia lo que antes quiso y acarició con arrobamiento de enamorado? ¿De qué forma puede una persona cambiar tanto su modo de ser, de pensar y de sentir hasta convertirse en otro totalmente distinto, un total desconocido?

¿Quién es este hombre que llega a mi casa, apenas me mira, no levanta sus ojos para mirarme, me evade, me esquiva, y cuando en los escasos momentos lo hace es solo para lanzarme palabras hirientes, sarcásticas, irónicas? ¿Pude amar en algún momento de mi vida a este monstruo engreído y solapado que saca sus garras con la fiereza deshumanizada de la bestia cruel? Cada zarpazo es para hacer más profunda la herida, con el dedo hundido en la llaga para hacerla aun más dolorosa y lacerar un poco más.

Llegó el tiempo difícil de la convivencia con alguien que ya no me quería.

Que hizo evidente en todo lo posible el desdén, el desprecio y muchas veces el odio que ahora sentía por mí. Llegaron las discusiones, la violencia, el maltrato, los silencios opresores, los gestos que golpean, la mirada dura y cortante del odio feroz.

Día a día enfrentar esa otra realidad es más que un desafío constante. Es una tristeza permanente. Un probar fuerzas contra el muro inquebrantable de lo inflexible. La vida es drástica y a veces duele más allá del límite.

A veces creía que no iba a poder sobrevivir. Sentía que desfallecía, que mi mundo estable, risueño y feliz se desmoronaba sin saber cuándo había empezado el principio del fin. Porque el mundo no se empieza a desmoronar o a desbaratar así de pronto, sino que es todo un largo proceso de destrucción del que apenas te das cuenta solo al final del mismo. Cuando ya todo está perdido.

¿COMO SE VIVE SIN TI?

¿Cómo se logra vivir sin un pedazo del corazón, o sin la mitad de un pulmón, sin los dos brazos porque te los cercenaron y te quitaron el poder divino de contar con la fuerza de apoyo de esa otra persona que tanto significó para ti? Años contando con el consejo diario, con la palabra segura, con el amigo incondicional, con el amante nocturno, con el esposo complaciente y tierno, con la mirada sincera y firme, con las caricias sabias y protectoras de ese beso al que te acostumbraste desde tu adolescencia.

Olvidar es todo un proceso. Perdonar… otro proceso aun más difícil y más extenso, tan complicado que no sé si en realidad alguna vez se llega a perdonar del todo, porque toda traición hace fisuras en el corazón. El tiempo que tome dependerá de la personalidad y del carácter de cada individuo y del tamaño de la traición, de la fealdad del hecho, de la mentira. Es un proceso de duelo, como cuando un ser querido se te muere. Te deja cojo, sin apoyo, es un vacío, un hueco que nadie llena, una ausencia. Lo doloroso, lo verdaderamente terrible es que está vivo, que está ahí y que lo vas a ver en cualquier momento pero que ahora es un extraño para ti. Un ser totalmente ajeno a ti pero que antes fue tan tuyo.

Lo que antes fue amor y ternura ahora se convierte en indiferencia, en frialdad, en desprecio y muchas veces en una especie de odio concentrado. No es lo que tú sientes, es lo que percibes que ahora él siente. Se aleja, se va cada día un poco más, se distancia de ti, a mil años luz permanece ahora este ser con quien antes reías y sentías tanto placer.

Su mirada está ausente de amor hacia ti. Solo ves en sus ojos una especie de odio, y te preguntas una y mil veces que fue lo que tú hiciste para generar tanto odio en alguien que te amó de manera casi incondicional. Asoma tímidamente la crueldad a su rostro verde y gris, es una crueldad creciente, feroz, solapada, hiriente. Sus palabras son como puñales filosos que cortan tu carne dejando la herida abierta.

“No toques eso, es para el niño”

“No abras es lata de salchichas, no es para ti”

“No quiero saber que tomas un poco de leche, ese litro es para el niño”.

El lado oscuro del corazón está en tinieblas y esa parte hiriente y cruel es la que ahora muestra cada día en toda su potencia, con la fuerza telúrica de quien odia a quien tanto amó.

Hay que aprender todos los días a ser entonces esa otra a quien no quiere, a quien no soporta, la que vive bajo el mismo techo, la que respira el mismo aire tenebroso de la discordia, la que no le hizo nada, pero tuvo la mala suerte de caer en desgracia, la que no se ama, la que ya no existe. Ya no eres, nunca fuiste, de ahora en adelante, no hay recuerdos, ni agradecimientos, ni sonrisas, ni la más leve señal de quien alguna vez fue alguien en tu vida.

Miserable, eres un miserable ser que lame el pecado del olvido.

Debes aprender, aprender rápido a vivir bajo la sombra de una infelicidad que durará dependiendo de la fuerza con que afronte la distancia inconmensurable, la ausencia; ya no mas viajes juntos, no más risas viendo el mismo filme, no más comentarios sobre literatura, libros, moda, cine, vida, filosofía, amor, familia.

¿Cómo consigo decirle al corazón que odie, que comprenda, que olvide? ¿Cómo le explico a mi corazón?

Sus ojos fríos me taladraban el pecho, miraban mi cuerpo con desdén, un cuerpo que ya no era el de antes, donde se cobijaba arropado con el amor ardiente o dulce de las madrugadas fogosas y los despertares tempraneros. Se iba cada día más lejos de mí, tan lejos que a veces dudaba si alguna vez vivimos juntos y nos amamos.

Tan fuerte es el olvido cuando estamos obligados a olvidar.

Entonces a fuerza de jirones de la vida aprendí a ser fuerte y a sonreír cuando el dolor te lacera por dentro. Me crecí con la estatura colosal de un espíritu poderoso cuando yace moribundo, aprendí a vivir con esa ausencia que modifica, hiere, destruye, altera y mata.

Y viví. Otra vez comencé a vivir. No sé cómo, pero empecé a vivir otra

vez. No sé tampoco de dónde saqué fuerzas para no sucumbir ante la adversidad del odio y del desprecio. Empecé por darle un giro a la adversidad. Es un sano consejo que les doy, no queda otra, hay que darle un giro de ciento ochenta grados a la adversidad y verles el rostro nuevo y bonito a las cosas. La soledad ya no es la soledad, sino que cambió de concepto: ahora es libertad.

La vida siguió su rutinario rumbo y yo comencé a vivir una nueva vida sin mi esposo robado. A ojos vistas había sido robado con toda la desvergüenza del mundo. Si es cierto que el karma existe, entonces espero que todo lo que hizo le esté pesando ahora y para siempre en su brillante vida de éxito amoroso y profesional. A ambos. Culpables los dos. Nadie puede edificar su felicidad sobre la desdicha de otras personas.

No me morí como yo había creído. Me sobrepuse al dolor, a la ausencia, a las noches sin él, a las mañanas sin escucharle decirme: “cúbrete la garganta del aire matutino porque debes cuidar tu voz, recuerda que eres profesora”.

Si, olvidar es un proceso muy largo y complejo. Olvidar es no recordar el pasado, borrarlo de tu mente para siempre. Perdonar es aun mucho más difícil. Perdonar es llegar al consenso de la paz interior, de la sanación absoluta, de la tranquilidad interna. Olvidar es no volver a vivir lo que viviste. Perdonar es no recordar la fuerza del dolor. Puede que algún día perdone.

Han pasado muchos años. Toda una vida. Ahora aquel niño que una noche me dijo “mamá, cómo lo extraño”, frase con la que rompió una vez más mi corazón, ya es un hombre y padre de familia. Ahora tengo mucha tranquilidad y mucha paz. Ahora puedo decir que soy hasta feliz porque, después de todo, se puede llegar a perdonar, pero… no se olvida.

Freeditorial